



“Yo, el alcohol y la vida” de María Moreno. Autofiguración de cronista

Julieta Viu Adagio¹

Instituto de Estudios Críticos en Humanidades
Univerisdad Nacional de Rosario
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
julietauiu@gmail.com

Resumen: En la crónica referida en el título de este trabajo, María Moreno se focaliza en su relación con el alcohol consumido en exceso. El alcohol convertido en el elemento central del relato asume distintos sentidos: para su madre simboliza una protección; en cambio, para su padre y para ella, la posibilidad de olvidar.

Esta autofiguración es una representación que nos permite revisar sus años de formación cultural, sus relaciones con la bohemia de los setenta, el vínculo con su madre y, especialmente, el vínculo con esa estética del exceso –estética barroca– que la escritora sabe deleitar. Es necesario destacar que esta crónica constituye el antecedente ineludible de *Black out*.

Palabras claves: Literatura latinoamericana – Crónica - María Moreno – *Black out*

Abstract: In the chronicle referred to in the title of this paper, María Moreno focuses on her relationship with alcohol consumed in excess. The alcohol that has become the central element of the story assumes different meanings: for its mother, it symbolizes protection; on the other hand, for his father and for her, the possibility of forgetting. This autofigurationis a representation that allows us to review his years of cultural formation, his relations with the Bohemia of the seventies, the bond with his mother and, especially, the link with that aesthetic of excess-baroque aesthetics- that the writer knows how to delight. It is necessary to emphasize that this chronicle constitutes the inescapable antecedent of *Black out*.

Keywords: Latin American literature – Chronicle - María Moreno – *Black out*

¹ **Julieta Viu Adagio** es Profesora en Letras, fue becaria doctoral del CONICET. Doctoranda del Doctorado en Humanidades y Artes con mención en Literatura (UNR). Integra equipos de investigación en el área de literatura latinoamericana. Se desempeña como Adscripta a la Cátedra de Literatura Iberoamericana I de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. Ha publicado artículos en revistas nacionales e internacionales. Es miembro de la Red Académica de Docencia e Investigación en Literatura Latinoamericana Katatay.



Introducción. María Moreno dice yo

“La autofiguración, un personaje, que se crea, según una afirmación repetida y lúcida, en el intersticio entre el yo biográfico y el espacio de recepción de sus textos.”

Julio Premat, *Héroes sin atributos*.

“Yo, el alcohol y la vida. Memorias de años teñidos por la bebida” (2000), surge por encargo a principios del siglo XXI: “en aquel momento Daniel Ulanovsky Sack quería hacer [en la revista *Latido*] una sección de relatos confesionales y pedía amarillismo íntimo. Mi amigo Daniel Molina contó su historia de prisión como militante y además gay. Entonces me dije: ah, qué puedo poner, cómo subo la apuesta. Era como un juego. Y pensé: alcoholismo y reviente” (Fornaro 4). María Moreno responde a este pedido de una historia personal que contenga algún ingrediente amarillista con una crónica autobiográfica que logra sintetizar la imagen de cronista *outsider* actualmente consolidada. Aclaramos que recuperamos esta crónica olvidada porque ella contiene el germen de *Black out*. Como intentaremos demostrar en la ponencia, en ella aparecen los principales núcleos temáticos desarrollados en el libro: el alcoholismo, la comunidad del bar, sus amigos muertos y la imagen materna del alcohol como contramodelo, entre otros.²

Referir a crónica biográfica en el caso de esta autora, merece una aclaración ya que su obra como también la de Héctor Libertella y Tamara Kamenszain, ha formado parte de lo que esta última crítica denomina, en *El libro de Tamar* (2018), textualismo o formalismo. Se trata de escritores que se caracterizaron, entre otras cuestiones, por alejarse de la idea de un “yo” ingenuo y por enfrentarse a categorías como “referente”, “tema” y “contenido” partiendo de la idea de que escribir no es lo mismo que comunicar. Kamenszain señala una particularidad de la escritura de

² La crónica *Yo, el alcohol y la vida. Memorias de años teñidos por la bebida* no ha sido compilada como tal aunque, de manera fragmentaria, ha sido incorporada en su totalidad en el libro *Black out* (2016).



V Congreso Internacional CUESTIONES CRÍTICAS

Rosario, 17, 18 y 19 de octubre de 2018

Libertella que resulta ilustrativa de la concepción de lo autobiográfico que tratamos de iluminar en María Moreno: “Él, como fiel militante del textualismo, acostumbraba velar la primera persona con una pátina de artificio. Es que diferenciar el yo que escribe de la persona del autor fue un mandato demasiado fuerte para mi generación y llevó mucho tiempo librarse de tener que estar permanentemente dando cuenta de esa diferencia” (45). Posicionada en esta perspectiva crítico-literaria, Moreno ha declarado: “Yo no confieso, escribo” (Fornaro 4) con la intención de subrayar que el yo es un sujeto de la escritura. A ello apunta también el epígrafe de la esta ponencia al sostener que las autofiguraciones presentan un componente biográfico pero, al mismo tiempo, tienen un margen de invención (si se me permite el término) ya que –como advierte Julio Premat– todo autor es producto de una negociación entre el escritor y su público. En este sentido, resulta significativo el momento de publicación de esta crónica: un período de inflexión en relación con sus producciones ya que, desde el 2001, Moreno comienza un “trabajo archivístico” (Sabo 68) de selección y compilación de sus escritos.

La imagen autoral en las crónicas de María Moreno, inscriptas en la tradición del modernismo latinoamericano, se forja en su producción periodística, esto es, en las páginas de diarios y revistas. Allí, observamos una diferencia notable respecto al denominado “periodismo narrativo”, esa corriente contemporánea que se inscribe también dentro del género crónica entre cuyos máximos exponentes se encuentran Leila Guerriero y Cristian Alarcón. Mientras que en la crónica bajo estudio, escrita para ser publicada en el periódico y sin la expectativa de pasar al formato libro, la imagen de autora se construye de colaboración en colaboración. En el periodismo narrativo, crónicas mayormente publicadas en libros, el autor se representa como un investigador que ha ido al territorio a recolectar datos. Pensemos en *Los suicidas del fin del mundo* (2005) de Guerriero o *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia* (2003) de Alarcón que ponen el foco en la historia de algún “otro” (jóvenes suicidas o pibes chorros), presentada por un



narrador-periodista ajeno a dicha realidad. En estos casos, la voz del cronista no se transforma y, por ello, podemos sostener que presenta una identidad acabada. Tal vez sea la diferencia de espacios de publicación la que pueda explicar el hecho de que no encontremos una imagen única y fija de María Moreno sino una fragmentaria, parcial, que cambia porque no quiere ser catalogada. El común denominador se encuentra –como trataremos de demostrar en esta ponencia– en el exceso.

El alcohol como protección, la imagen materna

El yo de María Moreno se configura como el de una mujer alcohólica, bebedora de whisky, una “ogresa de ojos vidriosos” (“Yo, el alcohol” 20), que comienza a beber por placer y termina bebiendo para no sufrir. Con la ironía que la caracteriza, reconstruye distintos momentos de su vida, desde la infancia hasta la adultez, a partir de su relación con el alcohol. La crónica comienza con una historia de un borracho que la escritora dice haber escuchado en una fiesta cuando iba por su quinto whisky. Como puede suponerse, a esa noche de borrachera le siguió lo que en la jerga alcohólica se denomina *black out*, esto es, la imposibilidad de recordar lo sucedido la noche anterior. Este autorretrato de alcohólica abre la narración que continúa con una serie de recuerdos escolares leídos a la luz de su adicción y, posteriormente, recupera la visión materna sobre el alcohol que se encuentra en las antípodas de su suya. Esta autorrepresentación se estructura al visibilizar la distancia con el modelo materno para quien el alcohol también tuvo un lugar importante:

Cuando íbamos de vacaciones llevábamos, como si se tratara de un escudo de armas, la tabla del inodoro. Si era imposible infiltrarla en un baño que no fuera el del cuarto del hotel, mi madre entraba conmigo, sacaba la botellita de alcohol y frotaba durante un tiempo que siempre parecía excesivo. En ocasiones también le prendía fuego. Usaba una dosis adecuada que no dejaba huellas. Era una verdadera experta (Moreno “Yo, el alcohol” 9).



Esta anécdota, que introduce el humor en la escritura, le permite al lector obtener un retrato acabado del personaje materno: una mujer sobreprotectora y obsesiva que considera que “todo roce era peligroso, todo beso, un intercambio de microbios” (9). “Mi madre es química y gorila” (9), afirma rotundamente la cronista con la intención de delimitar claramente la identidad. El primer término alude a la formación profesional: ella era doctora en química. De esta manera, el relato plantea una correlación entre la profesión y su personalidad dando a entender que el miedo y el cuidado extremo responderían a sus conocimientos disciplinares. Lejos de una visión romántica que podría interpretar un beso como una manifestación amorosa, una doctora en química –plantea Moreno– ve un “intercambio de microbios”. La cronista recupera, a su vez, la palabra gorila de la jerga política para advertir el rechazo que su madre tuvo hacia la “barbarie peronista” (9) y, principalmente, hacia lo popular. En *Black out*, en un fragmento que reescribe “Ten compasión [Plaza Miserere]” de *Banco a la sombra* (2007), vuelve a establecer ese imaginario materno antiperonista donde lo popular se asocia a la enfermedad:

Once no formaba parte del itinerario que mi madre organizaba para hacer de mi alguien saludable, y del que el aire puro, junto con la vacunación obligatoria y la prevención de enfermedades infecciosas, era uno de los pilares. Toda la plaza representaba para ella un foco, sino de bacterias, de las fuerzas sociales que el peronismo había alentado bajo la forma de vistosa propaganda de la felicidad (*Black out* 45).

Identificar esta postura antipopular con reminiscencias del discurso finisecular higienista (las referencias biológicas para pensar el campo social) funciona en el relato como contrapunto de la posición asumida por Moreno. Mientras que para su madre el alcohol constituye un elemento clave para el cuidado de la salud porque protege de posibles males y enfermedades contagiosas; para Moreno, éste remite –como veremos en los apartados siguientes– a la bebida, al bar en tanto lugar de socialización artística, al campo de la literatura en general y al del periodismo en particular. La



cronista introduce la visión de la madre porque le permite marcar su propio camino. Allí, el relato presenta un giro radical: “Si colocar el alcohol entre el mundo y uno significaba protección y seguridad, yo tomé el mensaje al pie de la letra” (9), cuenta Moreno para introducirse como alcohólica y desterrar definitivamente la idea de que el alcohol puede significar protección alguna.

El bar como universidad laica

“Yo, el alcohol y la vida” relata el ingreso de María Moreno al campo cultural de los años setenta y forja un mito de origen basado en la imbricación del alcohol y la escritura: “Comencé a beber para ganarme un lugar entre los hombres” (“Yo, el alcohol” 10), afirma advirtiendo que imita el gesto de Alfonsina Storni en el café Tortoni o Norah Lange en el Auer’s Keller. De esta manera, visibiliza una de las estrategias a la que apela para formar parte de esa bohemia artística hegemónica por hombres entre los que destaca a Norberto Soares, Miguel Briante, Germán García, Charlie Feiling y Claudio Uriarte. Alfonsina Storni y, posteriormente, María Moreno construyen – como ha señalado Mariela Méndez– un gesto de incomodidad donde esta última, *concebida en términos de ambigüedad o ambivalencia, le permite interactuar con el campo cultural del momento*. Según su propio relato, María Moreno se constituye como tal, esto es, se convierte en escritora en el bar: “cuando pasé de la ginebra al whisky, sin que nadie se diera cuenta me había graduado de periodista. Cuando pasé del whisky a más whisky y la policía me sacó del bar luego de una riña espectacular (...) me había graduado de alcohólica” (10). La cronista afirma recuperar a Alfonsina Storni y Nora Lange para iluminar su disidencia; sin embargo, resulta interesante advertir que la autfiguración propuesta en esta crónica (escritora alcohólica), recupera implícitamente una figura de fines del siglo XIX como es Charles de Soussens, el poeta y cronista sin obra (como se quiere Moreno), representante de la bohemia porteña que construyó una “mitología hecha de brindis, discursos,



anécdotas” (Rivera 105).³ Los bares simbolizan, para esta escritora de los setenta, su ingreso al mundo de la cultura y, en este sentido, ella misma los concibe como su “universidad laica”. Eran el lugar de reunión de escritores y artistas, espacios de formación, intercambio y actualización literaria así como de acceso a nuevas teorías. Este espacio alternativo o marginal a los espacios institucionalizados del saber son los que le permitieron acceder a una formación autodidacta con sólidas lecturas literarias, psicoanalíticas, marxistas y feministas, entre otras. El bar, donde funcionaban los grupos de estudio, le abrió un mundo de lecturas variadas, dispersas, desordenadas, que Moreno representa bajo la metáfora de la laicidad.

Sin embargo, María Moreno se identifica con el café La Paz, un bar que paradójicamente no era un bar de bebedores. Es por ello que resulta interesante analizar a qué se debe dicha elección.

En mi bar, el café La Paz, la clase no se dejaba en suspenso, en cambio se hablaba mucho de clases sociales. Había floreo de discursos, espadeo de chicanas, lanzamientos de nombres propios (...). una simple taza de café podía crear *el clima estructural del alcohol*, lo cual no quiere decir que no hubiera entre nosotros bebedores fuertes (10, las cursivas son del original).

María Moreno siente una atracción particular por el bar La Paz porque era un bar popular. Es conocida la predilección de esta cronista por el objeto de representación plebeyo (instancia que también permite observar una diferencia con su madre) así como también el empleo de un lenguaje vulgar, que Tamara Kamenszain retomando a la propia escritora refiere como su “teclado plebeyo”.⁴ En *Black out*, cuando reescribe el fragmento citado, agrega: “La Paz era mi bar. Allí nadie tenía la clase que buscaba Briante (...), no le gustaba pelear con iguales sino con hombres de nombres propios resonantes, glorias de hoy, venidos a menos pero con árbol genealógico”

³ Esta representación aparece en “Carlos de Soussens” (1904) de Antonio Monteavaro.

⁴ Para referir a la ingesta de alcohol, María Moreno dice en *Black out* que entre tomar, chupar y beber ella elige ‘conjugarse’ beber. Explica que podría haber las otras dos opciones, más acordes a su ‘teclado plebeyo’, pero opta por el verbo beber porque de los tres, es el que no esconde un doble sentido” (Kamenszain 46).



(193). A diferencia de Moreno, Miguel Briante elegía un bar (el BárBaro) que representaba lo cultural antes que lo popular.

La Carolina de Mónaco del Once

María Moreno fue bautizada, en el Alex Bar, como “la Carolina de Mónaco del Once” (“Yo, el alcohol” 16). A pesar de que su comportamiento no era propio de una mujer ya que tomar alcohol en público o emborracharse, en aquel entonces, estaba mal visto, siempre la consideraron una dama y, por eso, la llamaban así. Esta figuración devuelve una imagen potente para aproximarnos a una cronista que se ha pensado a sí misma desde la otredad. ¿María Moreno sería una princesa plebeya –como nos invita a pensar el sobrenombre– a causa de su alcoholismo? Ella, no exenta de ironía, afirma “todo alcohólico ignora en qué momento exacto pasó de ser Dr. Jeckyll para convertirse en Mr. Hyde” (16). Más que pensar dónde radica la plebeyez, interesa considerar que este sobrenombre con resonancias lemebelianas que tensiona el mundo de las celebridades con el mundo plebeyo condensa la búsqueda estética que la cronista comienza a explorar a principios de los años ochenta con sus colaboraciones para la revista *Siete días* y que desarrolla posteriormente en medios como *Tiempo Argentino*, *Babel*, *Sur* y *Página/12*. Esta princesa de un barrio “con resonancias de malón” (Moreno Banco 16) combina con notable maestría expresiones populares con menciones cultas y es capaz de recorrer espacios vulgares y, al mismo tiempo, eruditos. Esa conjunción define, a nuestro modo de ver, el sistema poético desarrollado por la escritora.

Esta dandy mujer –como la concibe Alberto Giordano– a la que nombramos como la Carolina de Mónaco del Once con el artículo adelante para que la nota popular no esté dada sólo por el barrio, condensa una performance de individualización –propia de todo dandy– en la elección de ser Alfonsina en la vuelta a la democracia, “la porteña” en *El porteño*, la



Carolina de Mónaco de la noche setentista.⁵ Esta invención excéntrica evidencia que Moreno logra hacerse un lugar entre los hombres pero, al mismo tiempo, simboliza la marginalidad que habitó. Sabemos, después de leer “Yo, el alcohol y la vida”, cuál fue el costo que tuvo que pagar aunque se trate de un costo que ella no concibe como tal. Moreno asume su alcoholismo con ese tono irónico que la caracteriza sin dar lugar a ningún sentimiento de pérdida o arrepentimiento. Así, podemos escuchar: “Mal que me pese, ni alcohol ni sobriedad me eximieron de un horrible castigo para quien se crió al compás de la letra de Simpatía por el demonio, de los Rolling: tener el aspecto de una bonachona” (21).

Recapitulamos, a modo de cierre, los sentidos que el yo construido por María Moreno presenta en la crónica bajo estudio. Ese yo que se concibe a sí mismo y decide mostrarse excesivo tiene una primera formulación explícita en “Yo, el alcohol y la vida” y, una década y media después, es retomado y desarrollado en *Black out*, libro donde amplía sus sentidos al convertirse en la autofiguración rectora. El exceso de María Moreno se encuentra principalmente asociado a la autofiguración de mujer alcohólica, esto es, de un sujeto que transgrede los límites de alcohol que su cuerpo es capaz de soportar. En este sentido, podemos considerar que el exceso se expresa en términos sociales. Ahora bien, esa representación de alcohólica provoca que la autora se ubique, a su vez, en un límite de la feminidad y, en este caso, el exceso se visibiliza a nivel de las representaciones sexuales, a nivel del género. Estos excesos semánticos encuentran –aquí visibilizamos un tercer nivel– una correlación en esa prosa barroca que se realiza en la exuberancia y proliferación de metáforas, imágenes e ideas. A partir de este autorretrato, María Moreno deviene una artista excepcional que fascina y provoca constantemente, capaz de deslumbrar por sus ingeniosas invenciones y por su capacidad para volver a mirar la realidad cotidiana.

⁵ Cuando sostenemos que elige ser Alfonsina, referimos a que María Moreno –durante el alfonsinismo– crea, dirige y escribe (firmando notas con dicho nombre) en *alfonsina. Primer periódico quincenal para mujeres*.



Bibliografía

Alarcón, Cristian. *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia*. Buenos Aires: Norma, 2003.

Fornaro, Ana. "Los mareados". Radar. *Página/12*. 30 de octubre de 2016.

Giordano, Alberto. "María Moreno: La entrada a la cultura", *El giro autobiográfico de la literatura argentina actual*. Buenos Aires: Mansalva, 2008.

Guerriero, Leila. *Los suicidas del fin del mundo. Crónica de un pueblo patagónico*. Buenos Aires: Tuquets, 2005.

Kamenszain, Tamara. *El libro de Tamar*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2018.

Méndez, Mariela. *Crónicas travestis. El periodismo narrativo de Alfonsina Storni, Clarice Lispector y María Moreno*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2017.

Monteavaro, Antonio: "Carlos de Soussens". *Textos y protagonistas de la bohemia porteña*, Monteavaro, Becher y Soussens. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1980.

Moreno, María. *Black out*. Buenos Aires: Random House, 2016.

Moreno, María. *Banco a la sombra*. Buenos Aires: Sudamericana, 2007.

Moreno, María. "Yo, el alcohol y la vida. Memorias de años teñidos por la bebida". *Latido 11* (2000), año 1.

Premat, Julio. *Héroes sin atributos. Figuras de autor en la literatura argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009.

Rivera, Jorge. "Charles de Soussens". *Textos y protagonistas de la bohemia porteña*, Monteavaro, Becher y Soussens. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1980.

Sabo, María José. "'Porque no habrá obra'. El archivo en la escritura de María Moreno". *Orbis Tertius* XX. 22 (2015): 68-79.